

El lunfardo médico. Aportes de una jerga al argot general.

Conde, Oscar.

Cita:

Conde, Oscar (2014). *El lunfardo médico. Aportes de una jerga al argot general*. *Gamma*, XXV (53), 81-85.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/oscar.conde/6>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ppwg/y14>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL LUNFARDO MÉDICO APORTES DE UNA JERGA AL ARGOT GENERAL

Oscar Conde*

Diversas jergas deportivas o profesionales le aportaron muchos términos al habla popular. Doy algunos ejemplos. De la jerga de los medios de transporte, surgió *chancho* ‘guarda de tren’ o ‘inspector de colectivos’. *Tener carne en la ganchera* proviene del lenguaje de los carniceros y significa, metafóricamente, haber concertado una cita con una mujer. Del fútbol proceden *al toque* ‘de inmediato’, *de taquito* ‘con facilidad’, *descoserla* ‘sobresalir en cualquier profesión’, *jugar en primera* ‘ser reconocido y exitoso en alguna actividad’, *quedar en orsai* ‘quedar descolocado en una situación’. De las carreras de caballos, *dopar* ‘drogar’, *borrarse* ‘irse, excluirse de una actividad o situación’, *relojear* ‘observar’ y *tapado* ‘dicho de una persona, que se distingue imprevistamente’. Del automovilismo vienen *carburar* ‘pensar’, *estar cero kilómetro* ‘estar bien de salud’, *engranar* ‘enojarse’. Así también los psicólogos aportaron *paranoiquiarse* ‘obsesionarse’, ‘atormentarse’, *psicopateada* ‘acción de inducir a alguien a una acción, idea o sentimiento que le resulta perjudicial’ e *histeriquear* ‘seducir a alguien, pero evitando el contacto sexual’; los políticos, *psicobolche* ‘progresista de izquierda’, *chapear* ‘hacer ostentación de un cargo o de un éxito efímero o ajeno’ y *panqueque* ‘político que cambia de agrupación o de aliados’; los abogados, *encanutado* ‘preso’; los periodistas, *chivo* ‘publicidad encubierta que se realiza por amistad o por dinero’; los músicos, *zapada* ‘actuación musical en la que se improvisa’; los militares, *bailar* ‘dominar al rival en un deporte o juego’. Del ámbito de la medicina, por su parte, llegaron al lunfardo la denominación de *valija* para el visitador médico y las frases *tener los fuelles picados* por ‘padecer tuberculosis’, *tener la papa o la mala* ‘tener cáncer’ y *tener el bicho* ‘ser HIV positivo’.

Otras palabras y expresiones han surgido del ingenio popular y, en mayor o menor

* Doctor en Letras por la Universidad del Salvador. Profesor titular regular del Departamento de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Lanús, profesor asociado regular del Departamento de Humanidades de la Universidad Pedagógica, donde dirige la Especialización en la Enseñanza de la Lengua y la Literatura, y miembro de número de la Academia Porteña del Lunfardo. Correos electrónicos: oconde@unla.edu.ar y oscar.conde@ba.unipe.edu.ar.

Gramma, XXV, 53 (2014), pp. 81-85.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0153.

medida, se relacionan con el ambiente médico. En el lunfardo primitivo *bobo* significaba ‘reloj’, pero con el tiempo comenzó a hablarse del *bobo de la zurda*, el ‘corazón’, y de este deriva *bobazo* ‘infarto’, que sirvió de modelo para *estrezaso* ‘pico de estrés’. Entre los *pasteros* o adictos a las pastillas, se utiliza *enrocharse* ‘tomar pastillas’, con un término que revela su origen en el nombre de un conocido laboratorio.

Luego hay locuciones históricas, que no estoy completamente seguro de que se sigan usando. Dos ejemplos que los lectores mayores de 50 años seguramente recordarán. En la revisión médica previa al ingreso en el servicio militar, los *tordos* proponían a los reclutas que separaran sus nalgas con las expresiones *a abrir los cantos* o *a abrir el libro*. También allá lejos y hace tiempo, si un hombre padecía blenorragia, se decía: *le llora el nene*. Hacia el final de su interpretación grabada del tango «Al mundo le falta un tornillo», Carlos Gardel agrega unas palabras (que dice y no canta), entre las que usa una expresión aplicada en su tiempo al hidrocefálico: *tener agua en la bóveda*. Al enfermo de hepatitis se lo llamaba *canario*, en alusión al color, y al que padecía fiebres intermitentes se decía que *le fallaba el termostato*.

Recién mencioné a Gardel. Hay infinidad de tangos relacionados con la medicina. Están aquellos que se relacionan con nombres de hospitales («Clínicas», «Muñiz», «Rawson»), los que revelan prácticas cruentas («Trepanación») y los que constituyen un homenaje a algún cirujano, como «¡Qué muñeca!» de Domingo Greco, dedicado al oculista Amadeo Natale. Luis Alposta (1986) habla de varios casos curiosos también. Cuento uno de ellos. El primer tango de Francisco Lomuto, de 1906, se llamó «El 606», y su título estaba referido a un medicamento llamado Salvarsán, una preparación de arsénico orgánico empleada para el tratamiento de la sífilis. En 1901 el científico Paul Ehrlich había descubierto el salvarsán o 606, conocido así por ser fruto de seiscientos seis experimentos. La composición de Lomuto llevaba un subtítulo en la partitura: «Tango medicinal para la curación de todo mal».

Es que la sífilis hacía estragos antes de la penicilina y tenía distintos nombres populares. La llamaban la *interminable*, «porque una noche con Venus y veinte años con Mercurio». Y también *payasa*, *millonaria* y *chinche*. Con este nombre aparece en el poema «La pebeta de Chiclana» de Carlos de la Púa:

Y bebió en diez años toda la alegría
y supo en diez años toda la crueldad,
cuando dio el remache de la fullería
la seña jodida de la enfermedad.
Y sin un consuelo, sin una aliviada,
la que de la mugre se abriera tan mal
pagó con la *chinche* fatal, angustiada,
la deuda sagrada con el arrabal (De la Púa, 1978 / 1928, p. 41).

Por entonces al especialista en venéreas se lo denominaba *matachinchés* y este llamaba a sus pacientes *cuatro cruces*, por alusión al resultado de la prueba serológica de sangre del paciente.

Preparando esta columna me han contado y he leído unas cuantas anécdotas entre médicos y pacientes, que dan cuenta de las confusiones lingüísticas que pueden darse en una consulta. Cuento tres. En los tiempos en los que se esterilizaban los espéculos, el ginecólogo le coloca uno recién esterilizado a su paciente, y le pregunta: «¿Está caliente?». A lo que ella responde: «quédese tranquilo, doctor, que ayer tuve relaciones con mi marido». La segunda. Un paciente con reuma describe muy serio el dolor que padece: «Me nace acá en la cadera, y me *reperjode* por toda la pierna». La tercera. Una señora a la que su médico le pregunta si ha sido ultrarradiada y responde con plena seguridad: «Sí, doctor, me han ultraviolado».

Es que la pronunciación de varias voces médicas resulta difícil de dominar para muchos pacientes. Y los facultativos han hecho con ellas un listado imperdible. El apéndice se convierte en *la pendis* o *la péndice*, el análisis en *el analis*, la próstata en *la próspera*, el colesterol en el *colesteroy*, la colitis en *el coliti*. Y podría seguir con la *tiricia*, la *clorosis*, el *acceso*, el *pasmó*, el *quister*. Acerca de esto escribe Luis Alposta:

Con respecto a los vulgarismos empleados por los pacientes, y que han originado más de una anécdota hospitalaria, recordaré el caso de un señor que pedía que le tomaran “la presión sanguínea”; y aquel otro que estaba dispuesto a “pagar lo que fuese por un suero entero”, después de haber escuchado que el médico le pedía a la enfermera un suero dextrosado (Alposta, 2005, p. 22).

Un caso particular de la jerga médica es el de los psiquiatras, que han desarrollado un léxico muy amplio, que incluye entre otras voces *border* ‘paciente fronterizo entre la neurosis y la psicosis’, *brígida* ‘frígida’, *esquizo* ‘esquizofrénico’, *masoca* ‘masoquista’, *narciso* ‘narcisista’, *persecuta* ‘preocupación o temor que no tiene asidero en la realidad’ y *azotetis*, vocablo que designa con mucha gracia algún tipo o grado de locura.

En la profesión hipocrática es imprescindible, sin dejar de lado las responsabilidades, tomarse las cosas con un poco de humor. Una forma de despegarse emocionalmente es la impersonalización, esto es, no nombrar a los pacientes por su nombre sino por su número de cama — «hoy tengo que operar a la 213», por ejemplo— o por su descripción médica, como en la frase «ese es el esposo de una prótesis que tiene fistula». Otra forma, igualmente efectiva, es recurrir a lunfardismos para describir lo peor, lo que ayuda a los profesionales a sobrellevar los malos momentos, los dolores ajenos y especialmente la muerte. En el ámbito hospitalario, para describir el estado de un moribundo, muchas veces se ha recurrido a la jerga de la aviación con la frase *está pidiendo pista*. Muertos y desahuciados son descriptos como *fiambre* (que es palabra española y no lunfarda), *tomuer*,

caño, fundido, tronado, palmado, chacado, chacabuco, caput, jugado, rifado, regalado. En un hospital, *morir* puede decirse *espichar, pinchar, sonar, finir, palmar, crepar, estirar la pata o irse por la rejilla*. Ninguna de estas palabras y expresiones puede cambiar la realidad, pero es seguro que la hacen más llevadera.

El ingenio de los médicos es proverbial. Así, por ejemplo, para describir la parálisis facial de un paciente, que incluía la boca ladeada y un guiño de ojo, un médico le explicó a un interno: tiene *el as de bastos y el siete bravo*, aludiendo a dos señas habituales en el juego del truco. En la misma línea, padecer de artereosclerosis es *andar mal de los caños* y un paciente con diarrea está *flojo de elásticos*. Bajo la misma lógica humorística, *consultorro* (un cruce con el lunfardismo *cotorro*) designa un consultorio que se halla dentro de la propia casa del médico, *perro* es el practicante de menor antigüedad en una guardia, *pelo y barba* es el rasurado preoperatorio del pubis y *un parle y un viste* es una consulta breve con examinación y un diálogo mínimo.

Del mismo modo, para diagnosticar a un paciente que no tiene ninguna dolencia, pero la finge para conseguir una licencia laboral, los médicos acuñaron la expresión *síndrome de unca*, que deriva de *no tener un carajo*. Me consta que algunos traumatólogos utilizan la locución *síndrome de melele* para alguien que se queja de todo: «me duele aquí, me duele allá». Hace unas décadas, a partir de una marca de jabón en polvo (*Rinso*), ante pacientes en malas condiciones de aseo personal, se decía que tenían el *síndrome rinso-positivo* —lo que hoy podría nombrarse como *skip-positivo* o *ace-positivo*—. Otra forma de aludir a ello sin que el paciente se diese cuenta era recurrir a la jerga química y llamar a la suciedad *pigmento hidrohiosoluble*, es decir, eliminable con agua y jabón.

Como bien dice Mario Teruggi, «por regla general, el médico está poco consciente de sus neologismos o de los otros vocablos que circulan en su profesión» (Teruggi, 1987, p. 8). Así, entre los traumatólogos o *hueseros*, *enclavar* es poner un clavo, *luxado* significa fuera de lugar, un *roto* es un politraumatizado y una articulación puede estar *chafada* o un pie puede *recalcarse*.

Como en muchas voces y expresiones lunfardas, la jerga médica se sirve de los mismos procedimientos para crear o adaptar palabras que el lunfardo general, y lo hace con el mismo espíritu transgresor, frecuentemente con ironía, a veces directamente con humor negro, con frecuencia llegando hasta una autotomadura de pelo. Así, el dermatólogo se convierte en *peletero*, el anestesista en *gasista*, el radiólogo en *fotógrafo*, el hematólogo en *vampiro*, el patólogo en *pedicuro*, el cirujano en *carnicero* y el psiquiatra en *locólogo*. Otros elementos también pueden cambiar de nombre: las drogas antineoplásicas agregadas en el suero son *jugos*; los sedantes son *veneno*, la dilatación pupilar previa al deceso es el *dos de oros* y hacer una diálisis es poner al paciente en el *lavarropas*.

De todos modos, siempre es bueno recordar que muchos pacientes sí entienden lo que dicen los médicos. Alposta cuenta que una mañana el jefe de oncología,

en la seguridad de que los pacientes no le entendían, nos hablaba de neoplasias y metástasis frente a la cama 20. Al retirarme de la sala, cerca del mediodía, el paciente que ocupaba la cama 17, con voz casi cuchicheada, me sorprendió con lo siguiente: “¡Doctor! ¡Así que el de la 20 abrió una sucursal en el pulmón!” (Alposta, 1986, p. 108).

Es que el habla popular está plagada de maravillosas metáforas. También cuenta Alposta que un colega cordobés le refirió el siguiente diálogo con un paciente:

—¿Y a vos, chango, qué te anda pasando?

—Nada, doctor. Lo que pasa es que patí descalzo y se me encarnó la uña.

Se trataba de una blenorragia (Alposta, 1986, p. 112).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alposta, L. (1986). *El lunfardo y el tango en la medicina*. Buenos Aires: Torres Agüero Editor.
- Alposta, L. (2005). *Mosaicos porteños*. Buenos Aires: Oliveri Editor.
- Conde, O. (2004). *Diccionario etimológico del lunfardo*. Buenos Aires: Taurus.
- Conde, O. (2011). *Lunfardo. Un estudio sobre el habla popular de los argentinos*. Buenos Aires: Taurus.
- De la Púa, C. (1978). *La crencha engrasada*. Buenos Aires: Schapire Editor. Texto original publicado en 1928.
- Rivero, E. (1982). *Una luz de almacén (El lunfardo y yo)*. Buenos Aires: Emecé.
- Teruggi, M. (1987, marzo). El lunfardo médico-hospitalario. *Tiempo de sosiego*, (75), 3-19.